

Romain Rolland. Se compran los libros de don Vicente por lo mismo que se derrocha en banderitas para tener los colores de los aliados en todas las ventanas, sentimentalismo, histeria. Pero la mayoría no sabe distinguir el pabellón del Brasil del de Rumania, ni a Blasco Ibáñez de la novelaría barata de los magazines yanques. Los críticos juiciosos siempre aplauden a Blasco con reserva. Si Ud. les pregunta en la intimidad, como yo lo he hecho, su verdadera opinión de Blasco Ibáñez, le confesarán que muchos de sus libros no los han podido leer. Y si las preguntas son de una especie que interroguen si se cree al novelista de los *Cuatro Jinetes* de igual mérito que Henry James, Wells, Edith Wharton, Conrad, Anatole France, Romain Rolland o Hamsun, la respuesta es siempre NO, de ningún modo! con énfasis.

Hasta hace poco editábase aquí un interesante magazine *La France*, en el que se virtieron más de cien mil dólares en unos pocos meses, menos de un año, tratando de hacer una revista internacional de primer orden. Mucho me sorprendió leer en sus páginas desmesurados elogios de Blasco, y me apresuré a preguntarle a mi amiga, Margaret W. Watson, la redactora de esa revista y autora del artículo, su franca opinión del novelista—«Es un odioso, me dijo, de cara mantecosa, al parecer enemigo del jabón, de movimientos vulgares, que habla un francés de cocinero, de bodeguero, de qué sé yo qué vasco». — «Pero, Margaret, has escrito que hasta en su apariencia revela toque genial». — Pero eso, me respondió, ¿no era lo que nuestros lectores querían? Bonita gracia! pensé para mí mismo.—«Y sus obras, Margaret, te han gustado». — Tantas veces he comenzado a leer a ese hombre, pero es imposible que acabe ninguno de sus libros. Los he comprado todos».

Algo similar he sabido de boca de los críticos del *Post* y del *Times* de Nueva York.

A los Estados Unidos, pues, no los juzguemos por el dinero que hizo Blasco Ibáñez; porque intelectualmente aquí no causó impresión de ningún género ese señor. El honor más alto que obtuvo fué un grado de doctor en letras *ad honorem* de una «universidad» de esas que llama el interesante crítico americano, Mencken, «universidad de un solo edificio»...

En el artículo del chino, se nota, entre muchas cosas buenas y bien dichas, un sinnúmero de juicios injustificables. Lo que dice de Wilson, por ejemplo, es lo que dijo Nietzsche de Cristo. «El único cristiano murió en la cruz», es de *Así habló Zaratustra*. Hace muchos siglos todos nos venimos lamentando del olvido en que yacen

el Decálogo de Moisés y el Sermón de la Montaña del Nazareno, a pesar de lo cual, son esas leyes y doctrinas vivas aún, imperecederas; y los ideales wilsonianos tienen y seguirán teniendo igual vida. Otro ejemplo es la selección que hace de Washington al buscar un gran hombre norteamericano. ¿Por qué no reparó en Lincoln? He aquí el moderno humano que encarna la sabiduría, la gentileza, la cortesía, que el chino busca y dice no encontrar entre los hombres de los Estados Unidos. Lincoln y no Washington es el ideal americano. Por otra parte, Sir Walter Raleigh y Sir Philip Sidney, no son ideales ingleses. En lo tocante a Shakespeare, nos imaginamos lo que pudo haber sido como hombre, pero no sabemos nada cierto de él sino que tenía amigos buenos bebedores. Amigos buenos bebedores los tenía Lincoln también, si eso vale algo; por ejemplo, el General Grant... ¿Y Washington, no era dueño de una fábrica de Whiskey? Parece que el padre de su patria no hubiera sido tan mal compañero de viaje a la Inglaterra isabelina o al Japón de las geishas. El Doctor Angel César Rivas me contaba el año pasado, que el gran Jorge, primero en la paz, primero en la guerra y primero en el corazón de sus conciudadanos, habíase enfermado de muerte a causa de haber retozado—¡a su edad!—con unas negritas muy lozanas. Esto no lo creo, pero tal vez interese saber a quienes quisieran que Washington no fuese considerado tan santulón como lo pinta el escritor chino.

De Emerson dice el chino que *ni siquiera* es del mismo rango que Platón. Es decir, juzga a Platón de un rango no el más elevado. ¿Y por qué se olvidaría de poner el nombre de Goethe al lado del de Shakespeare, Homero y Dante? ¿Y por qué, si la música, con la poesía, revelan la grandeza espiritual de los pueblos, olvídase del todo de poner a Alemania por sobre todos los pueblos de la tierra, *über alles*? ¿Inglaterra, qué nos ha dado en música?

En caballerosidad, España vale cien Albiones. Y si la civilización pudiese graduarse por los caballeros que un pueblo o una edad producen, en vez

de por la suma total de los ideales realizados de una nación o de una época, por sobre Inglaterra pondríamos en civilización a nuestra América, con Miranda, con Bolívar, con Sucre, con San Martín, con O'Higgins...

La generosidad como característica de un pueblo vale mil veces más que las cortesías de un Sir Walter o de un Sir Philip. La generosidad nacional es algo singularmente yanque. Díganlo sino Bélgica, Francia, China misma.

Contra los ideales wilsonianos hubo una violenta reacción, natural, pero de ningún modo definitiva; porque los ideales enunciados por Wilson nacieron del corazón de este pueblo, y más que de Wilson fueron siempre, son y seguirán siendo, de la nación americana, al igual de los ideales de Lincoln.

Da tristeza ver cómo se desconoce a los Estados Unidos! En poesía viera usted qué riqueza espiritual hay aquí! En pintura, ¿por qué aferrarnos en ver sólo las carátulas de las revistas baratas, pasando en alto la obra estupenda, genial, de los Albert Ryder, los Thomas Eakins, los Ralph Blakelock? En ciencia cuánto no han hecho los yanques! Acaso es más grande o mejor la civilización que produce un Walter Raleigh que la que nos da un Gorgas?

Dígame, ¿será cierto que en Guatemala hace poco se ofreció un premio gubernativo para el mejor ensayo sobre la obra de un tal comerciante en baratijas, mal llamado «filósofo», que escribe bajo el nombre de Oliver Swett Marden? ¡Qué horror! Díceseme que tal acción del Ministerio de Instrucción Pública guatemalteco es un homenaje al idealismo norteamericano. Saludo perruno me parece a mí, ya que Marden está visto aquí con asco, como santulón que es. Supongo que en Guatemala, en el ministerio ese, se ignora del todo a Jorge Santayana, por ejemplo, quien, aunque español de origen y nacimiento, fué yanque, de la Nueva Inglaterra, por educación, elección, gusto e ideales. Estas cosas dan tristeza. Para quitármelas de encima me voy a ver el mar.

Afectísimo suyo,

SALOMÓN DE LA SELVA

¿LE GUSTA EL ORNATO DE SU CASA?
HA PENSADO EN CASARSE?

Pase antes al Taller de Ebanistería de

AURIEL GALLARDO

Frente a "La Viña",

Parque de Morazán, SAN JOSE, Costa Rica